

"Plenas en Cristo"

Por Daniela Salgado Canales

Texto Base: Juan 4:1-26

Introducción:

Queridas hermanas y pastoras, hoy nos encontramos en un pasaje del Evangelio de Juan que nos muestra la profundidad del amor y la gracia de Dios y el poder único que tiene para saciar el corazón humano. Este relato es una historia de encuentro, redención y transformación. Jesús, nuestro Salvador, rompe barreras culturales y sociales al acercarse a una mujer samaritana en el pozo de Jacob. Este encuentro nos enseña poderosas lecciones sobre la verdadera fuente de plenitud del corazón, la verdadera adoración y el poder transformador del amor de Dios.

Analicemos brevemente el contexto en el cual de desarrollan los acontecimientos: En los tiempos de Jesús, los judíos y los samaritanos no se llevaban bien. Había una fuerte enemistad entre ellos debido a diferencias históricas, religiosas y culturales. Sin embargo, en Juan 4:4-6, vemos que Jesús "tenía que pasar por Samaria". Este "tenía que" no era simplemente un asunto geográfico; respondía un propósito divino. Jesús, siendo judío, no tenía ninguna obligación de ir a Samaria, pero lo hizo **intencionalmente; Él quería encontrarse con esa mujer samaritana y cambiar su vida**. Este acto nos enseña la primera verdad en la que reflexionaremos en este pasaje de las escrituras:

I. El amor y gracia de Dios propicia encuentros para traernos salvación

Jesús se encuentra con la mujer samaritana en el pozo, a la hora sexta, que es el mediodía. Es significativo que esta mujer fuese al pozo a una hora cuando normalmente no habría nadie y el sol resplandecía en todo fulgor en el caluroso medio oriente. Esto sugiere que ella no quería ser vista, ni encontrarse con las mujeres que también iban a buscar agua en cántaros. Era una marginada. Posiblemente, debido a su vida de matrimonios fallidos y la vergüenza pública que probablemente le traía. Sin embargo, Jesús no la evita

ni la condena; en lugar de eso, inicia una conversación con ella, pidiéndole agua. En este simple acto, Jesús rompe con las normas sociales de su tiempo: un hombre judío hablando con una mujer samaritana. En primer lugar, era muy extraño que un judío dirigiera la palabra a un samaritano, especialmente en términos respetuosos. En segundo lugar, no era bien visto que un hombre conversara públicamente con una mujer que no era su esposa, madre o hermana.

Así como Jesús no consideró las barreras para llevar salvación y vida eterna a la mujer samaritana, tampoco consideró el dejar su trono a la diestra del Padre en el cielo para salvarte a tí y propiciar un encuentro con el autor de la vida. A la mujer samaritana le salió al encuentro en el pozo de Jacob, un lugar muy significativo para los samaritanos, y a tí, ¿dónde te encontró Jesús? Si no te has encontrado con él antes; él siempre te está esperando para ofrecerte lo mismo que a la samaritana: vida eterna y verdades que libertan.

II. El Agua Viva: Una Conversación Transformadora que llenó su alma

Jesús no solo le pide agua a la mujer; le ofrece algo mucho más valioso: el agua viva. En Juan 4:10, Jesús dice: *"Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: 'Dame de beber', tú le pedirías, y él te daría agua viva"*. La mujer, al principio, no comprende el significado espiritual de lo que Jesús le ofrece. Ella piensa en términos físicos, en el agua del pozo. Pero Jesús habla de algo más profundo: la vida eterna, la satisfacción del alma que no había encontrado en ninguno de los maridos que había tenido ni en el vínculo con el hombre con el cual aún vivía, le hablaba de la plenitud que solo Él puede dar. Juan 1:16 dice: *"Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia"*. Jesús revela a la mujer su conocimiento sobre su vida personal, diciendo que ella ha tenido cinco maridos y que el hombre con quien ahora está no es su esposo. Esta revelación no tenía la intención de condenarla, tampoco de avalar su estilo de vida, sino para mostrarle que Él la conoce completamente y aún así la amaba. Este encuentro con la verdad es lo que comienza a transformar el corazón de la mujer, pues la verdad, aunque a veces dura, siempre nos liberta.

Aquí, hermanas, vemos que el encuentro con Jesús siempre revela la verdad de quienes somos, pero lo hace con un propósito de redención. Jesús nos

muestra nuestro pecado y debilidad, nos confronta de manera amorosa y verdadera con nuestra absoluta necesidad de Él, para guiarnos hacia la vida eterna.

Luego Jesús, le muestra quién es Él: El Mesías, el Ungido, el Salvador. Aquel que era la única esperanza para salir de una vida de miseria espiritual y emocionalmente vacía de la samaritana. Gloria a Dios por ese intercambio lleno de Gracia. La samaritana fue al pozo de Jacob a buscar agua para saciar su sed física, pero encontró a aquel que era mayor que Jacob; al Hijo de Dios, que le ofrece agua viva, para saciar la sed de su corazón, la cual no podía ser saciada ni con el agua del pozo, ni con las experiencias de amor y desamor, ni con el buen o mal trato de sus anteriores maridos, solo con el agua viva de Cristo.

Este pasaje me recuerda a lo que le dijo Dios a su pueblo a través de Jeremías: *“Porque dos males han hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua”* (Jer 2:3). Me pregunto y te pregunto querida hija de Dios, ¿Cuántas veces hemos cavado cisternas rotas para llenarlas con un agua que no es la que Cristo ofrece y que además no pueden retener al agua? ¿No son acaso todas las cosas terrenales o las personas en las que ponemos nuestro sentido de plenitud y bienestar esas cisternas? C.S Lewis dijo: “Las cosas terrenales no pueden saciar un corazón que fue hecho para el cielo”. Creo que esta palabra nos lleva a ser examinadas por el Espíritu Santo y darnos cuenta de que en múltiples ocasiones hemos deseado, hemos tenido más sed de obtener una bendición que al dador de la bendición. ¿Cuántas veces hemos tenido un mayor anhelo por que el Señor resuelva un problema familiar, económico o de salud más que por él mismo y su agua viva? ¿Y si el Señor no nos concediera aquello que anhelamos, realmente creemos que podemos estar plenas? Si creemos, consciente o inconscientemente que necesitamos a Cristo + algo/alguien (llámese un trabajo, marido, hijos, automóvil, casa, sueños personales realizados, un ministerio “exitoso”, etc) para estar plenas y sentirnos realizadas en la vida, querida nos hemos equivocado seriamente y no hemos alcanzado a comprender la plenitud y profundidad de lo que el evangelio de Jesucristo nos ofrece. Solo Él (Cristo) lo llena todo en todo y nos ofrece una fuente inagotable de vida; una vida plena, una vida eterna

cimentada solo el Él. Todos los otros escenarios, pueden cambiar, incluyendo nuestras emociones, pero Él es estable, sólido, Eterno, Él es DIOS, en él hay plenitud de vida. Si nos acercamos diariamente al pozo, a conversar con Jesús, podremos pedirle todos los días agua de vida y Él nos la dará.

III. La Transformación de la Mujer y su Impacto en la Comunidad

El encuentro de la mujer samaritana con Jesús no solo la transforma a ella, sino que tiene un impacto en toda su comunidad. Después de hablar con Jesús, ella deja su cántaro y va al pueblo, diciendo a la gente: "*Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?*" (Juan 4:29). La mujer, que antes evitaba a los demás, ahora se convierte en una testigo ferviente de Jesús.

Este es un poderoso recordatorio de cómo un encuentro genuino con Cristo puede transformar nuestra vida y convertirnos en agentes de cambio. La mujer samaritana, que era marginada, se convierte en la primera evangelista en su comunidad, y muchos samaritanos creyeron en Jesús gracias a su testimonio y a las palabras de Cristo.

Conclusión:

El encuentro de Jesús con la mujer samaritana nos enseña que no hay nadie fuera del alcance del amor de Dios, ni la mujer más marginada escapa de la mirada llena de gracia y de amor de Cristo. Ahí, donde estemos, sin importar nuestras circunstancias o nuestro pasado, Su gracia nos encuentra. Él nos ofrece el agua viva, la única que tiene el poder de satisfacer nuestras almas, que se encuentra en la persona misma de Cristo Jesús. Este encuentro con Jesús nos transforma y nos llama a compartir su amor con los demás, el único amor que no falla, no daña, no te deja vacía y que sacia la sed del alma humana. Hoy somos invitadas por el Espíritu Santo para que cada una de nosotras busque ese encuentro diario con Jesús, para que podemos tomar de su plenitud y deleitarnos en él independiente de las circunstancias en las que nos encontremos. Acercuémonos a la fuente de agua viva y no cavemos para nosotras cisternas, cisternas rotas que no pueden retener el agua. Amén.